

Piedad popular, una forma de evangelización

Una lectura que hacemos del momento actual nos lleva a empezar nuestra reflexión sobre «**Piedad popular, una forma de evangelización**» con las palabras con las que lo hace el papa Francisco: «*En la piedad popular, por ser fruto del Evangelio inculturado, subyace una fuerza activamente evangelizadora que no podemos menospreciar: sería desconocer la obra del Espíritu Santo. Más bien estamos llamados a alentarla y fortalecerla para profundizar el proceso de inculturación que es una realidad nunca acabada. Las expresiones de la piedad popular tienen mucho que enseñarnos y, para quien sabe leerlas, son un lugar teológico al que debemos prestar atención, particularmente a la hora de pensar la nueva evangelización*» (EG 126).

Subrayemos estos términos que nos lanzan a entender la *piedad popular* como una *forma privilegiada de evangelización*. Cada frase es todo un tratado.

- La piedad popular, como fruto del Evangelio inculturado.
- En la piedad popular subyace una fuerza activamente evangelizadora.
- La piedad popular es obra del Espíritu Santo.
- La piedad popular, una realidad nunca acabada y de cuyas expresiones hay mucho que aprender.
- Las expresiones de la piedad popular, lugar teológico al que hay que prestar atención.

1. Una espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos

El objetivo es la evangelización. Con este objetivo, asumido desde el corazón de la vida pastoral en todas sus dimensiones, podemos profundizar en *la fuerza evangelizadora de la piedad popular*. A ella se refiere también el papa Francisco cuando dice que «*podemos pensar que los distintos pueblos en los que ha sido inculturado el Evangelio son sujetos colectivos activos, agentes de la evangelización. Esto es así porque cada pueblo es el creador de su cultura y el protagonista de su historia. La*

cultura es algo dinámico, que un pueblo recrea permanentemente, y cada generación le transmite a la siguiente un sistema de actitudes ante las distintas situaciones existenciales, que ésta debe reformular frente a sus propios desafíos. El ser humano «es al mismo tiempo hijo y padre de la cultura a la que pertenece» (EG 122).

Podríamos citar muchos textos, pero la referencia al Documento de Aparecida nos ayuda a enriquecer enormemente la dimensión evangelizadora de la *piEDAD popular*, como las riquezas que el Espíritu Santo despliega en ella con su iniciativa gratuita, aplicándole otros términos que pueden ayudarnos a una mejor comprensión como «*espiritualidad popular*» o «*mística popular*», haciéndonos ver que se trata de una «*verdadera espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos*».

A partir de ahí y fijándonos en su forma de evangelización, queda claro que la *piEDAD popular* es «*una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia, y una forma de ser misioneros*»; *conlleva la gracia de la misionariedad, del salir de sí y del peregrinar: «El caminar juntos hacia los santuarios y el participar en otras manifestaciones de la piEDAD popular, también llevando a los hijos o invitando a otros, es en sí mismo un gesto evangelizador». ¡No coartemos ni pretendamos controlar esa fuerza misionera!» (EG 124).*

2. *Evangelizar es, ante todo, ofrecer amistad*

La evangelización, desde la experiencia de la *piEDAD popular* evangélicamente promovida y vivida, toma formas muy “normales” de relación humana como *cultura del encuentro*, ya que es un encuentro con el Señor y un encuentro de participación y comunión que se vive en el corazón de la familia humana. Nos dice Francisco que «*si una cosa ha de inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo*» (EG 49).

«*Evangelizar*» tendrá que ver muy directamente con el hecho i el gesto de «*ofrecer amistad*». Siempre me ha gustado definir la evangelización desde esta dimensión que acerca las personas entre ellas y en esta experiencia singular las acerca a Dios. La dimensión evangelizadora tiene que ver, además, con la experiencia fundante de «*ser discípulo*», la cual lleva a la consecuente experiencia de «*ser apóstol*». Por esta razón, el papa Francisco no separa lo que es ser discípulo de lo que es ser misionero, ya que no se puede dar una realidad sin la otra. Así, dirá que todos somos «*discípulos misioneros*» (cf. EG 120).

El ofrecimiento de amistad encuentra su razón de ser y su fundamento en la amistad con Jesús y se proyecta espontáneamente hacia los demás si realmente vive de ella. Es su compromiso con la evangelización, *«pues si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús»* (íbid.)

A partir de ahí, la catequesis tiene la misión de hacer resonar esta experiencia cristiana en cualquier edad en la que sea necesario el proceso de iniciación, de crecimiento y de madurez cristiana. Cualquier situación en la vida puede ser ámbito adecuado para hacerlo realidad. El papa Francisco dice que *«ser discípulo es tener la disposición permanente de llevar a otros el amor de Jesús y eso se produce espontáneamente en cualquier lugar: en la calle, en la plaza, en el trabajo, en un camino»* (EG 127).

Para nosotros será importante llevar a término una buena pedagogía que ayude a entender que *evangelizar* es descubrir en el corazón de cada persona la acción y el calor del Espíritu, ya que hemos dicho que la piedad popular es obra del Espíritu, y, al mismo tiempo, hacer el esfuerzo de establecer aquellas mediaciones oportunas para que las personas sencillas, y tal vez afligidas, puedan encontrarse con Dios. *Evangelizar*, incluso, tendrá que llevarnos a rehacer la experiencia de Dios en muchas personas alejadas, experiencia que está íntimamente ligada al amor a los hermanos y, por tanto, a aquella opción preferente por los pobres y por la justicia que fue el distintivo de Mesías Jesús (cf. CPT, 1995).

Todo ello debe llevarnos progresivamente a hacer el proceso que va desde el testimonio silencioso hasta el anuncio explícito, recordando siempre el anuncio fundamental: *«el amor personal de Dios que se hizo hombre, se entregó por nosotros y está vivo ofreciendo su salvación y su amistad»* (EG 128). La piedad popular contiene muchos elementos que pueden favorecer este proceso evangelizador. El mismo papa Francisco lo detalla al referirse a un tipo de predicación siempre respetuosa y amable en la que *«el primer momento es un diálogo personal, donde la otra persona se expresa y comparte sus alegrías, sus esperanzas, las inquietudes por sus seres queridos y tantas cosas que llenan el corazón. Sólo después de esta conversación es posible presentarle la Palabra, sea con la lectura de algún versículo o de un modo narrativo»* (íbid.).

3. *La piedad popular, una forma de evangelización*

La *piedad popular* es una forma de evangelización en la medida en que –como dice Francisco– «sólo desde la connaturalidad afectiva que da el amor podemos apreciar la vida teologal presente en la piedad de los pueblos cristianos, especialmente en sus pobres. Pienso en la fe firme de esas madres al pie del lecho del hijo enfermo que se aferran a un rosario aunque no sepan hilvanar las proposiciones del Credo, o en tanta carga de esperanza derramada en una vela que se enciende en un humilde hogar para pedir ayuda a María, o en esas miradas de amor entrañable al Cristo crucificado. Quien ama al santo Pueblo fiel de Dios no puede ver estas acciones sólo como una búsqueda natural de la divinidad. Son la manifestación de una vida teologal animada por la acción del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones (cf. Rm 5,5)» (EG 125).

Cuando nos planteamos el hecho de la **nueva evangelización** es porque hay una necesidad urgente de anuncio del Evangelio y de su vivencia como transformación personal y social. En el corazón de este hecho, todos lo sabemos, aparece, sin embargo, algo muy original que contrasta con el clima de una secularización más o menos encubierta. Y es que en el seno de muchas familias e individuos, y en el interior de muchos pueblos y ciudades, emerge una expresión popular llena de sentido religioso. Decimos con frecuencia, a diestro y siniestro, que ya no existe el sentimiento religioso, que el pueblo ha perdido la fe, que la gente se ha inclinado por una ruptura entre cristianismo y cultura, en definitiva, que Dios ya no aparece en el horizonte de nuestra vida personal y social. Sin embargo, ¿esto es realmente así?

La *piedad popular* es un elemento de respuesta, a la vez que hay una demanda emergente de religiosidad. Fijémonos, «aquello que ha sido llamado paradójicamente como un “confortable nihilismo” de masas homologadas por potentísimos instrumentos de comunicación y control social, ahora convive con una emergente y variada demanda espiritual, religiosa. Es un hecho que las utopías e ideologías mesiánicas, los ateísmos nihilistas y libertinos no pueden de ninguna manera “satisfacer” el corazón de las personas y la auténtica cultura de los pueblos, que reclaman significados e ideales razonables de vida, que anhelan verdad, “sentido” de la existencia, felicidad belleza y justicia. Esta sed no consigue ser apagada ni censurada por la obra gigante de “distracción”, pero tiende a ser encarrilada hacia una vaga religiosidad, un abstracto y ecléctico espiritualismo ecuménico, en el cual todas las ofertas se confunden en el supermercado de la “aldea global”» (cf. Directorio de piedad popular y liturgia)

Más aún, «a la vez que se difunde todo tipo de búsqueda introspectiva de gratificación espiritual [...], al mismo tiempo se da una auténtica búsqueda de Dios, una

renovada sed de silencio y de oración de se expresa de muy diversas maneras. Así, la “nueva evangelización” (como lo decía san Juan Pablo II) es precisamente el testimonio y el anuncio que sólo Cristo –¡sólo Jesucristo, Verbo encarnado, Redentor del hombre, Señor de la historia!– puede satisfacer sobreabundantemente esta sed espiritual, este hambre de Dios, toda auténtica demanda religiosa, estos deseos de verdad y de felicidad, esta apertura al Misterio que la razón reclama, esta tensión hacia el infinito que choca con la propia finitud y caducidad, esta purificación, reconciliación y elevación de la propia humanidad. Jesucristo es la revelación y el camino de toda “adoración en espíritu y verdad”» (cf. TMA, 6).

4. Atender la demanda de religiosidad

En estos momentos de demanda emergente de religiosidad, hay un aspecto importante que señalar y es la convicción de que *«el encuentro pleno con Jesucristo se da en su acción litúrgica y sacramental, participando en la actualización de su misterio pascual, y se prolonga como novedad sorprendente de vida en todas las dimensiones de la existencia cotidiana, en la cual los momentos y los gestos de piedad, de devoción, ayudan a mantener la memoria viva de su presencia»*. He ahí un necesario recentramiento de todas las expresiones de piedad popular en el misterio de Cristo. Incluso cita aquella expresión patrística de que *aquello que no es asumido en Cristo, no es redimido*.

Hasta este punto hay que llegar. No es piedad popular si no lleva al misterio de Cristo, si no conduce al encuentro personal y comunitario con la misma persona del Señor, acontecimiento que lleva a la alegría del Evangelio (cf. EG 1). De igual manera si contiene una forma de ser y de hacer individualista, negando prácticamente la dimensión comunitaria como experiencia de Iglesia. En su corazón podemos descubrir formas diferentes, verdaderos carismas que enriquecen la experiencia religiosa y cristiana. A tal efecto, es bueno subrayar lo que dice el papa Francisco, que *«un signo claro de autenticidad de un carisma es su eclesialidad, su capacidad para integrarse armónicamente en la vida del Pueblo fiel de Dios para el bien de todos...»* (EG 130).

5. Expresiones de búsqueda de Dios y de la fe

Uno de los momentos decisivos para que el impulso de renovación conciliar llegara a un punto de definición y concreción es la publicación de la exhortación

apostólica *Evangelii Nuntiandi* del papa Pablo VI (8-XII-1975), y que constituye una meta a la hora de centrar la identidad y la misión de la Iglesia en la *evangelización*. El hecho es que llevamos años en ello y de cada vez urge más su planteamiento en el momento actual.

Por lo que afecta a nuestra reflexión de hoy, el n. 48 de la EN está totalmente dedicado a «*La piedad popular*» como un aspecto de la evangelización que, como dice Pablo VI, no puede dejarnos insensibles. Se trata de un fenómeno religioso que afecta a todos, tanto a las regiones donde la Iglesia está establecida desde hace siglos como en aquellas otras que está en vías de implantación, ya que en todas ellas «*se descubren en el pueblo expresiones particulares de la búsqueda de Dios y de la fe*».

A tenor de lo que he dicho antes sobre el *eclipse de la piedad popular*, me parece muy realista y a la vez significativo que mucho tiempo antes, en la EN, se diga que estas expresiones religiosas «*constituyen hoy el objeto de un nuevo descubrimiento casi generalizado*», expresiones muchas veces consideradas como menos puras o incluso hechas objeto de desprecio. No se ignoran los «*límites*»: la penetración de deformaciones y supersticiones, la participación cultural sin una adhesión a la fe, la tentación de las sectas; pero recoge y propone sobretodo sus «*valores*».

El Papa pide un cambio de actitud en los pastores, pidiendo una positiva sensibilidad sobre la cuestión, sabiendo acoger sus «*dimensiones interiores*» y sus «*valores innegables*», y estando «*dispuestos a ayudarla a superar sus riesgos de desviación*».

Pablo VI, en EN 48 valora de buen gusto la expresión «**piedad popular**» como «**religión del pueblo**» y no tanto la expresión «religiosidad». San Juan Pablo II, en Zapopan, da unas nuevas pautas de discernimiento, valoración y desarrollo del concepto de piedad popular y afirma que ésta «*no es un sentimiento vago, que carece de base doctrinal sólida como una forma inferior de manifestación religiosa. Cuantas veces, al contrario, es la verdadera expresión del alma de un pueblo en tanto que tocada por la gracia y forjada por el feliz encuentro entre la obra de evangelización y la cultura local*». Refiriéndose a ella de forma especial como «*piedad de los pobres y de los sencillos*», la señala como «*la manera como estos predilectos del Señor viven y traducen en sus actitudes humanas y en todas las dimensiones de la vida el misterio de la fe que han recibido*» (San Juan Pablo II, Discurso en Zapopán, México, 30-I-1979).

6. *Discernir una correcta piedad popular*

En el planteamiento sobre la *piedad popular* que recoge el Directorio como su fruto maduro se ve con claridad el esfuerzo que ya pedía Pablo VI en año 1975 cuando constataba que «*la ruptura entre el Evangelio y la cultura es, sin lugar a duda, el drama de nuestra época, como lo fue también en otras épocas*» (EN 20). De ahí la llama que hace poner todos los esfuerzos para una generosa evangelización de la cultura o de las culturas. Esfuerzo que lo concretará luego en «*la importancia primordial del testimonio de vida*» (EN 21), en «*la necesidad de un anuncio explícito de Jesucristo*» (EN 22) y en «*una vital y comunitaria adhesión a la Iglesia*» (EN 23).

Éstos serán criterios muy claros para el discernimiento de una correcta piedad popular, sobre todo cuando «*esta adhesión, que no puede quedar abstracta y desencarnada, se revela concretamente por medio de una entrada visible en una comunidad de fieles*». Será la *caridad pastoral* de los que el Señor ha colocado como cabezas de comunidades eclesiales, los que han dictar –son palabras de EN 48– como comportarse ante esta realidad, a la vez tan rica y tan amenazada. Pero, siendo muy sensibles a todos sus valores. «*Bien orientada, esta religiosidad popular puede ser cada vez más, para nuestras masas populares, un verdadero encuentro con el Dios de Jesucristo*» (frase final de EN 48).

No hay que olvidar aquellas preguntas que la misma evangelización (EN 4) plantea:

- ¿Qué eficacia tiene en nuestros días esta energía escondida de la buena nueva, capaz de sacudir profundamente la conciencia del hombre?
- ¿Hasta dónde y cómo esta fuerza evangélica puede transformar verdaderamente el hombre de hoy?
- ¿Con qué medios hay que proclamar el Evangelio para que su poder sea eficaz?
- Después del Concilio y gracias al Concilio, la Iglesia ¿es más o menos apta para anunciar el Evangelio y para insertarlo en el corazón del hombre con convicción, libertad de espíritu y eficacia?

7. *El redescubrimiento de la piedad popular en orden a la evangelización*

La piedad popular ha existido siempre en la vida de la Iglesia. Pero el número y las formas de sus manifestaciones han variado en las distintas épocas históricas.

Cada etapa de la historia de la liturgia ha conocido una distinta relación entre la liturgia y las devociones. A la integración armónica de los primeros siglos sucedió la diferenciación progresiva y el paralelismo sin influjo mutuo de la Edad Media, hasta llegar al intento de las devociones por suplantar a la liturgia de los tiempos de mayor decadencia litúrgica. Por el contrario, en los momentos de resurgimiento de la liturgia, como la época de la Ilustración y, sobre todo, del movimiento litúrgico, fue la liturgia la que quiso desplazar a las devociones. En el momento presente, cincuenta años después del Concilio Vaticano II y desde ya hace años, asistimos a un esfuerzo serio de armonizar ambas expresiones de religiosidad.

El redescubrimiento de la *piedad popular* se produjo en los últimos años de la década de los sesenta, convirtiéndose en un fenómeno de amplia resonancia cultural, social, pastoral y religiosa. Desde entonces se ha hablado y se ha escrito mucho en todas partes sobre este tema. Los medios de comunicación social, con fines y perspectivas distintos muchas veces, se han hecho eco también de este fenómeno.

El atractivo que despierta la *piedad popular* se pone de manifiesto en el interés con que la estudian las ciencias del hombre, la teología y la pastoral. Este atractivo coincide con el declinar parcial de la secularización, a la que sucede la seducción del espíritu, lo que el Sínodo de los Obispos de 1985 ha llamado vuelta a lo sagrado, o sea, «*los signos de una nueva hambre y una nueva sed hacia las cosas trascendentes y divinas*» (Relación final II, A 1).

Las causas del redescubrimiento de la *piedad popular* son muy variadas. Entre las más significativas cabe destacar el hecho de que, para las ciencias del hombre, en esta religiosidad se revela lo más profundo de la persona. Además, a este nivel, el hombre se siente radicalmente liberado y experimenta una plenitud insospechable. Por eso, cuando el hombre abandona los cauces religiosos tradicionales, tiene que crear otros sustitutivos o cae en un reduccionismo asfixiante de tipo pragmático. Las expresiones religiosas son sustituidas por expresiones folklóricas, artísticas, políticas o deportivas, al servicio del placer, del dinero o del poder. También esto lo estamos constatando hoy con preocupación.

8. *Qué es la piedad popular*

La piedad popular puede describirse como *el modo peculiar que tiene el pueblo, es decir, la gente sencilla, de vivir y expresar su relación con Dios, con la Santísima*

Virgen y con los Santos. Esta vivencia no se encuadra sólo en un ámbito privado e íntimo, sino que comporta también una dimensión comunitaria y de participación eclesial. Las manifestaciones, contenidos, actitudes y expectativas de esta piedad giran en torno a cuatro ejes fundamentales:

a) *Las personas*: en primer lugar, los destinatarios de la piedad del pueblo, Dios Padre, Nuestro Señor Jesucristo, la Virgen María, los Santos y los Ángeles. En segundo lugar, los agentes y beneficiarios de la piedad, es decir, el mismo pueblo, verdadero protagonista de esta forma de religiosidad.

b) *Los tiempos*: las fiestas «señaladas» del año litúrgico y las fiestas del calendario popular: las fiestas patronales, las romerías y las peregrinaciones. También la celebración de algunos sacramentos, las conmemoraciones de los difuntos, las novenas, triduos y quinaros y, en general, los tiempos dedicados a cada devoción particular.

c) *Los lugares*: los santuarios, las iglesias, las ermitas, los cementerios y demás espacios donde el pueblo expresa su piedad.

d) *Los objetos sagrados*: las imágenes, las reliquias, las estampas, los vestidos, los libros piadosos y, en general, cualquier símbolo o signo de devoción.

De ahí que, *personas, tiempos, lugares y objetos piadosos* manifiestan y esconden, a la vez, la piedad del pueblo. Esta piedad comporta siempre una realidad honda y misteriosa, por encima de todas sus expresiones variadas. Esta piedad es con frecuencia una actitud de fe profunda y sencilla, verdaderamente filial y cristiana, pero que no siempre se capta y se valora en una observación puramente externa y superficial de la piedad popular. Tal piedad ha nacido en muchos casos como expansión lógica de algunas celebraciones litúrgicas o como exigencia de una vivencia más subjetiva, espontánea y menos jerarquizada. Tal es el caso del Rosario, el Vía crucis y la Exposición del Santísimo.

9. *Atención de la Iglesia a la piedad popular*

La Iglesia, consciente de la importancia de la piedad popular, la tuvo en cuenta en los documentos del Concilio Vaticano II. Sin embargo, el redescubrimiento de las manifestaciones religioso-populares se produjo en los años del post concilio. De ahí que hayan sido los documentos postconciliares los que han tratado de encauzar la *piedad popular* en relación con la liturgia. Este es el caso de la instrucción *Eucharisticum mysterium* (EM), de 25-5-1987, dedicada a

orientar e impulsar las distintas formas de devoción eucarística. Las pautas que marca este documento son recogidas después en el Ritual de la Sagrada Comunión y del Culto a la Eucaristía fuera de la Misa (21-6-1973). El papa Pablo VI dedicó también la exhortación apostólica *Marialis cultus* (MC), de 2-11-1974, al culto mariano dentro y fuera de la liturgia. La instrucción y la exhortación apostólica son modelo de orientación de la piedad popular en relación con la liturgia.

Pero fueron los Obispos hispanoamericanos quienes, por primera vez, abordaron expresamente el tema de la *piedad popular* con el ánimo de evangelizarla. Desde Medellín, en 1968, y desde Puebla en 1979, su voz resonó en toda la Iglesia como un aldabonazo, que hizo despertar la atención de la pastoral y cambió el ánimo de muchos hacia una *valoración positiva de dicha piedad*.

El Sínodo de los Obispos de 1974 se ocupó también de la *piedad popular* desde la perspectiva de la evangelización la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (EN), publicada por Pablo VI el 8 de diciembre de 1975. En este documento se reconocen los valores de la *piedad popular bien orientada mediante una pedagogía de evangelización*: la religiosidad popular «refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer. Hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe. Comporta un hondo sentido de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante. Engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad, paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción. Teniendo en cuenta estos aspectos, la llamamos gustosamente «piedad popular», es decir, religión del pueblo, más bien que religiosidad» (EN 48).

Esta realidad tiene también limitaciones y riesgos, superables desde una actitud de *caridad pastoral* y de sensibilidad ante estos valores. Para la *Evangelii nuntiandi* la piedad popular puede ser «para las masas populares un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo» (íbid.).

Por otra parte, la exhortación apostólica *Catechesi tradendae* (CT), de 16-9-1979, habla también de los elementos válidos de la *piedad popular*. Expresamente, San Juan Pablo II dice en este documento: «Pienso en las devociones que en ciertas regiones practica el pueblo fiel con un fervor y una rectitud de intención conmovedores, aun cuando en muchos aspectos haya que purificar, o incluso rectificar, la fe en que se apoyan. Pienso en ciertas oraciones fáciles de entender y que tantas gentes sencillas

gustan de repetir. Pienso en ciertos actos de piedad practicados con deseo sincero de hacer penitencia o de agradar al Señor» (CT 54).

10. Una llamada al crecimiento, purificación y madurez cristiana

Es importante que fijemos la necesidad de una perspectiva de futuro poniendo la eficacia de un compromiso en el presente. El papa Benedicto XVI advertía ya hace unos años que no se puede negar que existen *ciertas formas desviadas de religiosidad popular* que, lejos de fomentar una participación activa en la Iglesia, crean más bien confusión y puede favorecer una práctica religiosa meramente exterior y desvinculada de una fe bien arraigada e interiormente viva.

A este respecto, muestra este convencimiento: «La **piedad popular** puede derivar hacia lo irracional y quizás también quedarse en lo externo. Sin embargo, excluirla es completamente erróneo. A través de ella, la fe ha entrado en el corazón de los hombres, formando parte de sus sentimientos, costumbres, sentir y vivir común. Por eso, la piedad popular es un gran patrimonio de la Iglesia. La fe se ha hecho carne y sangre. Ciertamente, la piedad popular tiene siempre que purificarse y apuntar al centro, pero merece todo nuestro aprecio, y hace que nosotros mismos nos integremos plenamente en el Pueblo de Dios» (Carta a los seminaristas, 18 octubre 2010).

Fijándose en la necesidad de ir promoviendo la *Lectio divina*, dice que «en las palabras de la Biblia, la **piedad popular** encontrará una fuente inagotable de inspiración, modelos insuperables de oración y fecundas propuestas de diversos temas»

Es el papa Francisco quien habla de la «imperiosa necesidad de evangelizar las culturas para inculturar el Evangelio» (EG 69). Para llegar a que sea una realidad, valora la *piedad popular* como elemento de transformación de situaciones de debilidad que necesitan de purificación y maduración. Son situaciones muy concretas que afectan toda cultura y todo grupo social. Lo dice de esta forma tan concreta: «Toda cultura y todo grupo social necesitan purificación y maduración. En el caso de las culturas populares de pueblos católicos, podemos reconocer algunas debilidades que todavía deben ser sanadas por el Evangelio: el machismo, el alcoholismo, la violencia doméstica, una escasa participación en la Eucaristía, creencias fatalistas o supersticiosas que hacen recurrir a la brujería, etc. Pero es precisamente la **piedad popular** el mejor punto de partida para sanarlas y liberarlas» (íbid).

Un correctivo es necesario para evitar que ciertas formas de *piedad popular* que no ayudan a la evangelización persistan en su vigencia. «También es cierto –

dice el papa Francisco— *que a veces el acento, más que en el impulso de la piedad cristiana, se coloca en formas exteriores de tradiciones de ciertos grupos, o en supuestas revelaciones privadas que se absolutizan. Hay cierto cristianismo de devociones, propio de una vivencia individual y sentimental de la fe, que en realidad no responde a una auténtica «piedad popular». Algunos promueven estas expresiones sin preocuparse por la promoción social y la formación de los fieles, y en ciertos casos lo hacen para obtener beneficios económicos o algún poder sobre los demás»* (EG 70).

Caminar hacia la madurez humana y cristiana conlleva introducir aquellos elementos que ayuden a centrar las expresiones religiosas en el Evangelio. Tanto si hablamos del ambiente que se crea en las ciudades como en zonas rurales, *«el sentido unitario y completo de la vida humana que propone el Evangelio es el mejor remedio para los males urbanos, aunque debemos advertir que un programa y un estilo uniforme e inflexible de evangelización no son aptos para esta realidad. Pero vivir a fondo lo humano e introducirse en el corazón de los desafíos como fermento testimonial, en cualquier cultura, en cualquier ciudad, mejora al cristiano y fecunda la ciudad»* (EG 75). La referencia al Evangelio y una mirada contemplativa sobre la realidad tan necesitada de un reconocimiento de la presencia de Dios en ella, además de un esfuerzo constante de formación y puesta al día en sus formas de expresión religiosa, pueden ayudarnos a que esta forma de manifestación conduzca a conocer más y más a Palabra de Dios y el sentido de la vivencia litúrgica y sacramental de la vida cristiana.

Finalmente, podemos fijarnos en cómo es y debe ser la *piedad popular* para que sea vehículo de evangelización, es decir, de vivencia evangélica y eclesial que conduzca y sea expresión de una vida cristiana adulta y coherente con la *fe* que profesa, la *esperanza* que promueve y la *caridad* que contagia.

En la homilía pronunciada en el Encuentro de Cofradías y Hermandades con ocasión del Año de la fe (Roma, 5-V-2013), el papa Francisco habló de *autenticidad evangélica*, de *eclesialidad* y de *ardor misionero*. Ve la piedad popular como un tesoro que tiene la Iglesia, un espacio de encuentro con Jesucristo, a quien hay que acudir siempre como fuente inagotable. Ello pide un esfuerzo para reforzar la propia fe, cuidando la formación espiritual, la oración personal y comunitaria, la liturgia.

Podemos decir con acierto que la *piedad popular* ha sido a lo largo del tiempo fragua de santidad de muchas personas que han vivido con sencillez una relación intensa con el Señor, lo cual evita a conformarse con una vida cristiana mediocre, ya que es un estímulo para amar más a Jesucristo. Con ello, se ayuda a

comprender mejor lo *esencial* en la vida cristiana, que es creer en Jesucristo, muerto y resucitado por nuestros pecados, y amarse unos a otros como Él nos ha amado.

Por otra parte, la *piEDAD popular*, además de conducir a lo esencial, orienta a vivir la plena comunión en el seno de la Iglesia y, desde esta comunión, promover y mantener viva la relación entre la fe y las culturas de los pueblos a los que pertenecen. Esta fe, que nace de la escucha de la Palabra de Dios, la *piEDAD popular* la manifiesta en formas que incluyen los sentidos, los afectos, los símbolos de las diferentes culturas. Haciéndolo así, ayudan a su transmisión, que llega especialmente a los sencillos, a los que el Evangelio llama «pequeños». Éste es el «ardor misionero», o «misionariedad» como lo llama el papa Francisco. Participar en las manifestaciones de la *piEDAD popular*, es ya en sí mismo un *gesto evangelizador* llevado a cabo por los que han decidido ser *misioneros del amor y de la ternura de Dios*, siempre en plena *comunión misionera*.

Es el gesto profético de una *Iglesia en salida* que ha entendido el mandato de Jesús de «*Id y haced discípulos...*» (cf. Mt 28,19-20) y lo pone en práctica «*saliendo de la propia comodidad y atreviéndonos a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio*» (EG 20). La *piEDAD popular* puede hacerlo realidad desde la vivencia de la *sencillez* del Evangelio, desde el espíritu de las bienaventuranzas.

Mons. Sebastià Taltavull Anglada
Obispo de Mallorca